

16 Lete 76
17826
BIBLIOTECA DRAMATICA.

COLECCION DE COMEDIAS

Y

ZARZUELAS BUFAS Y SÉRIAS,

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID Y PROVINCIAS.



2131
MADRID.

ATOCHA 87, PRAL., IZQUIERDA.
1875.

L47 - 6805

REPUBLICA ARGENTINA

COLECCION DE CONSTITUCIONES

VARIEDADES, BUYES Y SERIAS

REPRESENTADOS CON EXITO

EN LOS PAISES

DE MADRID Y PROVINCIAS



MADRID

ALFONSO V. DE LA TORRE

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

UNA HISTORIA DE BOHARDILLA.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. R. LEOPOLDO PALOMINO DE GUZMAN.

Representada por primera vez, con grande aplauso, en el Teatro de
Eslava, la noche del 18 de Noviembre de 1873.

CUATRO REALES.

MADRID:

IMPRENTA DE G. ALHAMBRA,
CALLE DE S. BERNARDO, 73.

1873.

PERSONAJES.

LUISA, *Modista*
 MARTA, *Criada vieja*
 D. PEDRO VARGAS, *Margués*...
 FERNANDO, *Vizconde*
 ANDRÉS, *Carpintero*
 ANSELMO, *Portero*

ACTORES.

D.^a Matilde Ros-Gimenez.
 María Artigues.
 D. Francisco Lopez Valois.
 Angel Medel.
 Pedro R. de Arana.
 Eduardo Chacel.

La accion en Madrid.—Contemporánea.

Entiéndase por derecha é izquierda las del actor.

Es propiedad del Editor de la *Biblioteca dramática*, y está bajo el amparo de la *Ley de Propiedad literaria*, habiéndose llenado los requisitos que la misma establece.

Las Zarzuelas y Operas cómicas, ó serias, que componen la coleccion de esta Galeria, se prohíbe representarlas como comedias, separando la letra de la música.

Deposited 29th Nov 1877

ACTO ÚNICO.

Representa un saloncito aboanardillado, si puede ser con el declive hácia el foro, en cuyo frente habrá una ventana ó balconcillo que dá al tejado, y por donde se pueda entrar y salir. Puerta á la izquierda, que conduce á una alcoba, y dos puertas á la derecha que es la de entrada y salida de la habitacion la una, y la otra que conduce á una alcoba. Mobiliario pobre, pero limpio. Consola ó cómoda con espejo, en el lateral de la izquierda. Un costurero y butaca á su izquierda, que tenga cajoncillo, y colocado en el centro de la escena. Sobre el costurero una lámpara que ha de encenderse; sobre la cómoda un tintero con pluma. Dentro del costurero un pliego dentro de un sobre, otro sin él y una carta. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

LUISA y ANSELMO entrando. *La habitacion á oscuras al levantarse el telon.* LUISA, *con mantilla ó velo, que estará colocando sobre el costurero un pequeño envoltorio.*

LUISA. Quién es?

ANSELMO. Yo soy, señorita.

LUISA. Pase usted, señor Anselmo, y dispense que esté á oscuras: he llegado hace un momento, y voy á encender mi lámpara.

ANSELMO. Quiere usted cerillas?

LUISA. (Enciende la lámpara.) Tengo, muchas gracias.

ANSELMO. Usted mande.

LUISA. Ya la encendí.

ANSELMO. Ya nos vemos.

LUISA. Buenas noches.

ANSELMO. Buenas noches.

LUISA. Ya ve usted, ni tuve tiempo de quitarme la mantilla; (se la quita.) pero tome usted asiento.

ANSELMO. Muchas gracias; yo despacho mi comision en un credo. (Se sienta.) La he sentido á usted llegar, y aunque yo, como buen viejo, escuso subir tan alto,

siempre que escusarlo puedo,
hay asuntos que conviene
que se traten con secreto.
Me ha puesto usted en cuidado.

LUISA.

ANSELMO.

LUISA.

ANSELMO.

De veras? Se lo confieso.

Pues no hay para que asustarse,
por más que haya algun misterio
en la forma ó apariencia
de lo que á contarle vengo.

LUISA.

Acabe usted, por la Virgen:
es decir, empiece.

ANSELMO.

Empiezo.

No sé si está usted enterada
de qué hace ya mes y medio,
compró esta casa, y la adjunta,
el marqués de Valle-Ameno.

LUISA.

No señor, no lo sabia,
mas...

ANSELMO.

Pues bien, este sugeto,
que es un señor respetable,
ha venido esta mañana
solo, y en un tren soberbio,
á conocer sus dos fincas;
y además, con el objeto
de ofrecerle á los vecinos,
según dijo, sus respetos.
Como usted no estaba en casa...

LUISA.

Hace un mes, ó poco menos,
que coso durante el día...

ANSELMO.

En el *Buen gusto*.

LUISA.

Muy cierto.

ANSELMO.

Yo no ignoro, señorita,
nada, como buen portero,
de cuanto los inquilinos
hacen fuera, ó tienen dentro
de la casa. Pues decía,
á mi relacion volviendo,
que como usted no se hallaba
en su habitacion...

LUISA.

Comprendo,
no pudo verme el marqués,
ni hacerme sus cumplimientos.

ANSELMO.

Lo segundo es positivo,
pero no así lo primero.

LUISA.

Me vió?

ANSELMO.

La vió á usted en imágen.

LUISA. En imagen!

ANSELMO. Pues.

LUISA. No acierto.

ANSELMO. En un retrato muy lindo
que usted me dió, y que conservo
por gusto, en mi portería,
bajo llave, por supuesto.

LUISA. Y bien?

ANSELMO. Apenas los ojos
fijó el marqués, no exajero,
en el retrato, su cara
me pareció la de un muerto;
tan pálido su semblante
se puso, que daba miedo.

LUISA. Qué rareza!

ANSELMO. Yo en seguida,
no curioso, sino atento,
pensé en inquirir la causa
que produjo aquel efecto;
pero el marqués de repente,
hacia mí la faz volviendo,
—cómo se llama esta jóven?
me preguntó todo trémulo.
Luisa, señor, le dije:
—Luisa!... gritó su acento.
Luisa Márquez se firma,
y por tal la conocemos,
continué, hace un año.
—Ese es un nombre supuesto,
me replicó...

LUISA. Qué insolencia!

ANSELMO. De pronto mudando el gesto,
el retrato me devuelve,
y al fin, con rostro sereno,
un aluvion de preguntas,
por su título de dueño
de la casa, me dirige,
á que yo fui respondiendo.
—Con quién habita esa jóven?
Con un diablo del infierno...

LUISA. Pero Anselmo...

ANSELMO. Yo, á la Marta,
por más que bruja la tengo;
con una vieja maldita,
si la cara es el espejo
del alma, segun se dice,
añadí, que só pretesto

- de haber servido á la madre,
se está á la hija comiendo,
que vela hasta media noche
para regalarle el cuerpo.
- LUISA. Me parece demasiado:
estuvo usted muy severo.
- ANSELMO. Ya le diré las razones
que justifican mi aserto,
y prosigo mi relato.
Vi que el marqués frunció el ceño,
y que despues más tranquilo
se mostró, cuando discreto
le dije que era usted un ángel,
y de virtud un modelo.
Por último, señorita,
cuando mi deber cumpliendo
de contestar sus preguntas
le informé, quizás ligero...
- LUISA. Prosiga usted.
- ANSELMO. Fué preciso,
de los amores honestos
que tiene usted, ya de antiguo,
con Andrés, el carpintero;
entonces con ronca frase
impuso á mi voz silencio,
diciéndome, que pues solo
estaba usted en su aposento
de noche, que él volvería
para quedar satisfecho
de mi informacion, hoy mismo,
despues de las diez.
- LUISA. No entiendo,
que aunque estuvo usted muy franco,
por no decir...
- ANSELMO. Indiscreto,
es la verdad.
- LUISA. No me explico
de ese señor el empeño
por verme.
- ANSELMO. Ni yo tampoco,
y esto para mí es lo sério.
- LUISA. Acaso la pobre Marta
la víctima será de esto,
si tales informes de ella
ha dado usted á su dueño.
- ANSELMO. La Marta es una bribona.
- LUISA. Por Dios...

ANSELMO.

Que la está vendiendo.

Hace dias que á este cuarto
subió un galan peripuesto,
que estuvo hablando á esa vieja,
y sé que le dió dinero;
y hoy mismo, enfrente de casa,
ella y el galan se vieron,
y juntos la calle arriba
tomaron los dos; por cierto
que ella le entregó una llave,
ó muy parecido objeto.

LUISA.

Me asusta usted!

ANSELMO.

Señorita,

yo tengo mundo, soy viejo;
no se fie usted de Marta;
es un Judas de otro sexo;
dèle usted para que coma,
aunque no merece ni eso;
pero despídala al punto,
que no le manche este suelo,
que no duerma ni una noche
bajo de este honrado techo,
y viva usted muy alerta
si no sigue mi consejo.

LUISA.

No lo olvidaré.

ANSELMO.

Corriente;

y me retiro á mi puesto,
que puede venir el amo.

LUISA.

Le dice usted que le espero.

ANSELMO.

Está bien; y buenas noches.

LUISA.

Muy buenas, señor Anselmo. (Vase.)

ESCENA II.

LUISA, sola, ocupa la butaca y cose, desentolviendo el lio que
trajo, donde debe haber labor en blanco.

LUISA.

Al fin me ha puesto en cuidado
con los suyos el portero,
que su duda, aunque no quiero,
de mi ser se ha apoderado.
¡Será posible, Dios mio,
que Marta, que esa mujer
que casi me vió nacer,
en quien yo tanto confío,
con quien parto mis sudores,
me esté preparando lazos,
que lleguen á hacer pedazos

mi decoro y mis amores?
No, no; imposible, imposible;
semejante villanía
en esa mujer, sería
criminal hasta lo horrible.
Sin embargo, que el portero
en algo se funda; sí:
para qué subió hasta aquí,
buscándola, un caballero?
Y lo que le dió, qué fué?
Alguna finjida carta!
Me estará vendiendo Marta?
Esta noche lo sabré.
Entre tanto, á mi labor
hasta que suenen las once,
y venga mi Andrés, que entonce
soy toda para mi amor. (*Luisa cose.*)

ESCENA III.

LUISA, *después* MARTA, *entrando de la calle.*

MARTA. Ay! Jesús!

LUISA. (Ella!)

MARTA. Qué alturas!

LUISA. (Disimulo). (*Marta se despoja del manto.*)

MARTA. Qué escalera!

Llego con la lengua fuera
echando las asaduras.

Adios, niña.

LUISA. Buenas noches.

MARTA. Y eso de que siempre andando
ha de ir el que es pobre, cuando
hay en Madrid tantos coches,
me indigna, y en fin...

LUISA. Paciencia.

MARTA. Paciencia, vaya un consuelo!

Tuvieras, niña, otro anhelo,
si tuvieses mi experiencia.

LUISA. Qué haría usted, Marta?

MARTA. Qué haría

con tu edad y tu palmito?

Buscar mi bien, cabalito;
lo demás es tontería.

LUISA. Su bien?

MARTA. Mis comodidades,

y mi dicha, y mi ventura.

LUISA. Yo la busco.

- MARTA. En la costura,
pasando penalidades.
Así solo se halla el mal,
se gana para un puchero,
y se logra un carpintero
que vive de otro jornal.
Marta!
- LUISA. Soy franca, hija mía.
- MARTA. (Estoy yerta! Qué villana!)
- LUISA. Si tu quisieras, mañana
otra tu suerte sería.
- MARTA. No se cómo.
- LUISA. Sé de un sugeto
muy rico, que está por tí...
(Con misterio.)
- MARTA. Pero y mi Andrés?
- LUISA. Me das risa;
pescas al rico, y despues,
si tanto te gusta Andrés
te arreglas con él. Luisa.
- MARTA. Basta ya. (Levantándose.)
- LUISA. Eh! Qué te pasa?
- MARTA. Que me da usté horror, señora;
y qué mañana... no, ahora,
se marcha usté de mi casa.
- MARTA. Marcharme! Y por qué?
- LUISA. Lo quiero;
me dá espanto su cinismo;
y si no se va ahora mismo,
llamo en mi ayuda al portero.
- MARTA. Pero mujer!...
- LUISA. No resista;
váyase usté, lo merece;
su infame voz me estremece
y me causa horror su vista.
- MARTA. Pero así me has de arrojar
de aquí, burlando mi afecto?
- LUISA. Como se arroja á un insecto
que nos quiere envenenar.
- MARTA. Ingrata!
- LUISA. Sí, sí; lo soy.
- MARTA. Y hasta cruel!
- LUISA. Mucho, mucho.
- MARTA. Pero escucha.
- LUISA. No la escucho,
y si usté no, yo me voy.
- MARTA. (Pues señor, se afosforó!

Estuve muy trasparente;
disimulemos.) Corriente,
no te vayas, me voy yo.
Pero á donde, y á estas horas,
sin plata... me desespero!
Aquí tiene usted dinero
para una cama. (*Le dá un duro.*)

LUISA.

MARTA.

LUISA.

Tú lloras!
De indignacion, ya lo vé;
de vergüenza y de corage,
porque me ha hecho usted un ultraje
que no esperaba de usted.

MARTA.

LUISA.

MARTA.

LUISA.

Pero, mira... Basta.

(Malo!)

Me infama bajo mi techo;
salga, y mande por su lecho
mañana, se lo regalo.

MARTA.

No insisto, me voy de aquí
ya que me arrojas impía;
más puede ser que algún día,
niña, te acuerdes de mí. (*Con malicia.*)

LUISA.

MARTA.

Está bien,

conviene que esto se acabe.

LUISA.

Que me deje usted la llave
de abajo; el llavín también.

MARTA.

LUISA.

MARTA.

(Diablo, las tiene el Vizconde!)

Me parece que...

Convengo,

más no sé donde las tengo;

qué memoria! Ya sé donde.

En la tienda, distraída

las dejé; por ellas bajo,

y aunque me cueste trabajo

subir, las traigo en seguida.

Vaya, adios.

LUISA.

MARTA.

El la proteja.

(Pasaré algún apurillo;

más dicen que hay un diablillo

protector de cada vieja.) (*Vase Marta.*)

ESCENA IV.

LUISA, sola.

Me espanta el haber vivido
sola, y en esta bohardilla,

con esa mujer infame
que tal vez hoy me vendia!
Si, si; porque ya no dudo;
yo estoy por ella vendida,
y acaso esta misma noche...
El pensarlo me horroriza!
Hubiera sido entregada
y sin defensa perdida.
Y yo, entre tanto, por ella,
creyendo que me queria,
en vez de dormir, velaba
para mejorar su vida...
No quiero pensar en esto,
pues loca me volveria,
que el fondo negro del crimen
enloquece á un alma digna. (*Vuelve á la costura.*)

ESCENA V.

LUISA y D. PEDRO *que entra puerta derecha.*

PEDRO. Se puede pasar?

LUISA. Quién entra? (*Asustada.*)

PEDRO. Dispense usted, señorita.

LUISA. Qué busca usted, caballero?

PEDRO. No se llama usted Luisa?

LUISA. Sí señor, mas...

PEDRO. Pues entonces

espera usted mi visita;

el marqués de Bosque-Ameno.

LUISA. El marqués! (*Alma, respira!*) (*Tranquilizandose.*)

Por un disgusto doméstico

me hallaba tan distraida,

que el honor que me dispensa

en olvido puesto habia.

PEDRO. Y se advierte su disgusto.

porque está usted conmovida.

LUISA. He despedido ahora mismo

á una criada ya antigua,

que sirvió á mi madre, y que hoy...

PEDRO. Se porta mal con la hija.

De esa mujer tengo informes;

hizo bien en despedirla.

LUISA. Pero tome usted asiento. (*Le ofrece silla.*)

Ocupe usted esta silla;

y benévolo dispense

que otra mejor no le sirva.

PEDRO. Mil gracias por el respeto

á que mi nombre la obliga,

- y sepa usted, que la honra
vivir tan pobre, hija mia.
LUISA. (Parece un hombre excelente.)
PEDRO. (Es una jóven muy digna.)
Con que usted tiene por nombre...
LUISA. Ya lo dijo usted, Luisa!
PEDRO. Y el apellido de...
LUISA. Márquez.
PEDRO. Sí, ya sé que así se firma;
pero usted, y no lo dude,
de otro modo se apellida.
LUISA. Así firmaba mi madre...
PEDRO. Y hoy así firma la hija.
LUISA. Justamente.
PEDRO. Pero el nombre
de su padre usted olvida?
LUISA. Se olvida lo que se supo,
mas de lo que no hay noticia,
no hay olvido, es ignorancia.
PEDRO. Perdone usted; yo creia
que al morir su buena madre,
aunque lo ocultara en vida,
del padre de usted el nombre
por precaucion le diria.
LUISA. Fué mi madre por la muerte,
tan pronto una noche herida,
que apenas si tuvo tiempo
para besar mis mejillas.
PEDRO. Y no ha dejado papeles,
ni disposicion escrita?
LUISA. No señor; entre sus ropas
solamente encontré un dia,
mi partida de bautismo,
que en blanco tiene una línea,
donde el nombre de mi padre
estar escrito debia;
un pliego que está lacrado
con sobre que nada indica,
pues se dirige al esposo
que Dios para mí destina,
y una carta comenzada
á escribir, que luz daria,
si yo encontrase al sugeto
á quien no fué remitida.
PEDRO. Hay en esa carta un nombre?
LUISA. Un nombre en ella se cita.
PEDRO. Y ese nombre?...

- LUISA. Pedro Vargas.
PEDRO. Ese es su padre, Luisa.
LUISA. Mi padre! Y usted, por dónde lo sabe, y cómo lo afirma?
PEDRO. (Disimular me conviene.) Porque Vargas, pobre niña, persona que estimo mucho...
LUISA. (Cielos!)
PEDRO. Y que en mí confía, de la tierna y triste historia que en su juventud florida fué causa de su existencia, me dió cuenta exacta y fija.
LUISA. Con que mi padre no ha muerto? Con que vive?
PEDRO. Sí, Luisa.
LUISA. Qué placer!
PEDRO. Usted se alegra?
LUISA. Pues no ha de darme alegría saber que mi padre vive!
PEDRO. Y á él, lo matará la dicha de darle el primer abrazo: porque sepa usted, hija mía, que él ama á usted con delirio, que amó á su madre querida, y que no es suya la culpa, que hartó por ello sufría, del aparente abandono de la madre y de la hija.
LUISA. Dispense usted una palabra; le ruego que no prosiga. Los hijos no son los jueces de quien reciben la vida; Dios es el juez de los padres. El los premia ó los castiga, sondando sus corazones con su infalible justicia.
PEDRO. Es verdad.
LUISA. Ahora la carta que aquí está, con la partida sacramental voy á darle, para afirmar mis noticias. Tome usted.
(Luisa saca del costurero el pliego sin sobre, y la carta, entregando ambas cosas al Marqués.)
PEDRO. (Esta es su letra, no hay duda, clara y distinta.) (Suena un reloj.)

LUISA. Las once! Jesús!
PEDRO. Qué es eso?
LUISA. Que esta es la hora precisa
en que mi Andrés su trabajo
todas las noches termina.
PEDRO. Y bien?
LUISA. Que vendrá al momento,
y que estar sola querría,
por evitarle el disgusto
que le diera esta visita.
PEDRO. Pero Andrés...
LUISA. Es mi futuro.
Mi mano le fué ofrecida
por mi madre, y muy en breve
será nuestra union bendita.
PEDRO. Luisa! (*Esta corre á la puerta.*)
LUISA. Por Dios, que llegal!
Aprisa, señor, aprisa.
PEDRO. Pero...
LUISA. Silencio, ya es tarde;
ocúltese aquí en seguida.
(*Le señala la puerta derecha.*)
PEDRO. Advierta...
LUISA. Por Dios lo pido.
PEDRO. (Yo á este mal le pondré cima.)
(*Se oculta puerta derecha.*)

ESCENA VI.

LUISA y ANDRES entrando. D. PEDRO oculto.

ANDRES. Luisa!
LUISA. (Temblando estoy.)
ANDRES. Luisa!
LUISA. Andrés de mi vida!
ANDRES. Cielos! Tú estás conmovida!
LUISA. No, mi Andrés.
ANDRES. Sí, por quien soy,
y quiero saber qué pasa.
LUISA. Que con la Marta he reñido,
y que al fin la he despedido,
hace un momento, de casa.
ANDRES. Y por qué, dime, has tratado
tan severa á esa mujer
que casi te vió nacer,
Luisa, y que te ha criado?
LUISA. Motivos me dió de sobra,
Andrés, para mi querella;

- no te intereses por ella
nunca, y tu calma recobra.
ANDRES. (Será verdad el temor
de Marta? Veamos.) Di:
no ha venido nadie aquí
esta noche?
- LUISA. Sí, el señor
no se cuántos, que ha comprado
esta casa há más de un mes,
ha venido á verme, Andrés,
cuando Marta se ha marchado.
ANDRES. (No mintió.)
- LUISA. Y ahora me toca
preguntar... tú lo sabías?
- ANDRES. Es verdad.
- LUISA. Luego querías...
- ANDRES. Pues, saberlo por tu boca.
- LUISA. Y quién te lo dijo?
- ANDRES. Marta,
que está en la esquina llorando,
y que dice, suspirando,
que ella de ti no se aparta.
Que aunque sabe que prefieres
vivir sola...
- LUISA. No prosigas;
lo que dijo no me digas
si me respetas y quieres.
Esa mujer, Andrés mio,
á quien estoy manteniendo,
está mi honra vendiendo;
solo á ti te lo confío.
- ANDRES. Luisa!
- LUISA. Más bajo, Andrés,
y en mi decoro repara:
quiso que yo te olvidára
para venderme despues.
- ANDRES. Qué infamia! Que villanía!
- LUISA. Calla, Andrés, y olvida el hecho.
- ANDRES. Yo le arrancaré del pecho
el corazon á esa harpía.
- LUISA. Dónde vas? (*Deteniéndolo.*)
- ANDRES. Suelta.
- LUISA. Detente.
- ANDRES. Deja, por Dios...
- LUISA. Es en vano.
- ANDRES. Deja que estruje mi mano
la lengua de esa serpiente.

Qué una vez, y ciento, mil,
la escupa por su vileza,
y que aplaste la cabeza
de ese asqueroso reptil.

LUISA. Tú no harás, Andrés del alma,
sino lo que yo te mande.

ANDRES. Y una vileza tan grande,
no tendrá castigo?

LUISA. Calma,
y fía en la acción divina...
Y para que el lance olvides,
quiero yo que hoy me convides
en el café de la esquina.

ANDRES. Sí, sí; quiero respirar
el aire que falta aquí.

LUISA. Pues vamos.

ANDRES. Y pronto.

LUISA. (Así
se puede ese hombre marchar.)
Ya estoy lista.

ANDRES. Yo también...

LUISA. Pues anda, vé tú delante. (*Sale Andrés.*)
Márchese usted al instante (*A D. Pedro.*)
y cierre la puerta bien.

PEDRO. Un momento. (*Saliendo de la alcoba.*)

LUISA. Por favor!

ANDRES. No vienes? (*Desde fuera.*)

LUISA. Ya voy. Dios mío!
Solo en tu bondad confío;
salva mi honra y mi amor. (*Vase Luisa.*)

ESCENA VII.

D. PEDRO, solo.

Se fueron, sí, que sus pasos
se sienten en la escalera;
yo no sé cómo he tenido
tanta calma y tal prudencia.
¡Gracias, Señor, que permites
que ella viva, y que yo pueda
poner remedio á los males
que la amenazan de cerca!
Andrés con pasión la quiere,
pero con pasión violenta
que habrá de romper con todo
si su amor contrario encuentra.
Ella también lo idolatra

y acaso con mayor fuerza;
pero sabrá contenerse
en su pasión, cuando sepa
la distancia que el destino
ha puesto entre Andrés y ella.
Veamos, pues, lo que dicen,
estas conocidas letras
de quien hoy el cielo goza,
pues fué mártir en la tierra.
(Disponiéndose á leer.)

ESCENA VIII.

D. PEDRO y ANSELMO, entrando.

PEDRO. Quién anda ahí?
ANSELMO. Soy yo, Anselmo.

Dispénseme su excelencia;
no he subido por curioso;
mi intención ha sido buena.
He visto á la señorita,
á la linda costurera,
salir sola con su novio,
y pensé...

PEDRO. Baje á su puerta,
y en cosas que no le atañen,
Anselmo, no se entrometa.

ANSELMO. Está bien: me bajo al punto,
y perdóneme vucencia,
que por cuidar su persona
hasta aquí veloz subiera.

PEDRO. Vaya con Dios.

ANSELMO. Hasta luego.
(Aquí misterio se encierra,
pero yo callo mi boca
no vaya á perder mi hacienda.) (Vase Anselmo.)

ESCENA IX.

DON PEDRO, solo.

Leamos, pues, esta carta;
confirme yo mis sospechas,
y entonces obrará el padre
como á su nombre convenga.
—«El cielo de darme acaba (Lee.)
de tus amores en prenda,
otro sér, querido Pedro,
con quien compartir mis penas.

Casado tú, ya há tres meses,
por sociales conveniencias,
con otra mujer que tiene
derechos que tú me niegas,
yo ocultaré de tus ojos,
y en tanto que vida tenga,
ese ser que es sangre tuya
y causa de mi vergüenza.
Mi nombre le he dado solo
al cristianarlo en la iglesia,
aunque en la misma partida
para el tuyo un blanco queda,
por si algun día pudieses
legitimar su existencia,
dándole padre á mi hija
cuando la madre se muera.
Yo no culpo á Pedro Vargas
sino á mi pasión funesta,
que me llevó hasta sus brazos
para mi desgracia eterna.
El cielo que ve el martirio
que aquella pasión me cuesta...—
Y no dice más la carta,
ni tiene firma, ni fecha.
Pobre mujer! Pobre mártir!...
Siento pasos; alguien llega;
aquí me oculto; conviene
que nadie, nadie me vea.
(*Se oculta en la alcoba de la izquierda.*)

ESCENA X.

MARTA y FERNANDO, *puerta derecha*; D. PEDRO, *oculto*.

MARTA. Entre usted, señor Vizconde;
estaba franca la puerta;
tan deprisa se han marchado
el bueno de Andrés y ella,
que ya ve usted qué descuido,
se la dejaron abierta.

FERNANDO. Pero bien, Marta, qué objeto
nos trae aquí?

MARTA. Friolera!
Quiero yo que con sus ojos
usted mismo se convenza
de que el padre de esa niña
es don Pedro.

FERNANDO. A ver la prueba...

MARTA. Aquí está en su costurero,
del que yo siempre discreta,
tengo una llave guardada
como oro en paño que fuera.

FERNANDO. Veámos.

MARTA. Voy en seguida, (*Saca una llavecita.*)

que aquí la llave se encuentra.
Y se abrió, y aquí está el pliego
cerrado para cualquiera;
ya vé usted el lacre; intacto;
es mucha mi sutileza,
no hay nadie que la fractura
reconozca, aunque la sepa.

(*Todo esto mostrando el pliego con sobre lacrado, que habrá
sacado del costurero.*)

Eh! Qué tal? Ahora, Vizconde,
y antes de que el pliego lea,
conviene que usted se fije
bien, en el sobre que lleva.

(*Muestra el sobre á Fernando.*)

FERNANDO. —«Para el amado de mi hija
despues que su esposa sea.»— (*Esto leído.*)

MARTA. De modo que usted no debe
hacer mencion de esta prenda,
sino despues que se case,
que es lo que á usted interesa.

FERNANDO. Cierto; sepamos qué dice
lo escrito en el pliego.

MARTA. Tenga;
yo conozco el contenido,
que es claro y breve en su letra;
para si puede leerlo,
y pronto, que el tiempo vuela.

FERNANDO. No hay duda; aquí lo declara
ante notario.

MARTA. Está en regla.

FERNANDO. Cuánto quiere usted hoy mismo
por ese pliego?

MARTA. Qué intenta?

FERNANDO. Lo que intento no le importa,
lo que á usted importa, es su venta.

MARTA. Yo no sé....

FERNANDO. Le doy mil duros.

MARTA. Mil duros! (Ay! Santa Tecla!)

FERNANDO. Le parece poco?

MARTA. Deme
el pliego. (*Le recoge.*)

- FERNANDO. (Maldita vieja!) Dos mil le doy.
- MARTA. Cuánto dice?
- FERNANDO. Le he dicho diez mil pesetas.
- MARTA. (Yo estoy loca!)
- FERNANDO. Qué responde?
- MARTA. Respondo que es cosa hecha.
- FERNANDO. Venga el dinero.
- MARTA. En seguida,
- FERNANDO. y dentro de una cartera, se lo entregaré en mi casa.
- MARTA. Ir yo á su casa, simpleza!
- FERNANDO. Entonces....
- MARTA. Usted lo trae más tarde, cuando aquí vuelva.
- FERNANDO. Es igual; ahora le entrego las dos llaves.
- MARTA. De manera que ya le han hecho las otras?
- FERNANDO. En todo iguales á esas.
- MARTA. Pues quedan estas en casa para que no entre en sospechas Luisa, y vamos, Vizconde, que puede volver.
- FERNANDO. (Me cuesta dos mil duros ese pliego, pero asegura mi herencia, que sin hijos Pedro Vargas, su sobrino es quien lo hereda.)
- MARTA. Vamos, Vizconde.
- FERNANDO. La sigo.
- MARTA. (Dos mil duros! Noche buena!) (Vánse los dos.)

ESCENA XI.

DON PEDRO, solo.

- PEDRO. Marta! Oh! Qué inhumano ser! Infamia, traicion, vileza; no paga con su cabeza esa maldita mujer. Y él, el Vizconde del Hierro; porque era él, yo lo he oido, y no sé como he podido dejar con vida á ese perro. No hay que perder un instante; hay que hacer algo en seguida: aquí tengo la partida

sacramental; adelante. (*Saca el pliego.*)

Un tintero? Dónde? Allí;
aquí la línea se ve
en blanco; tiemblo! Y por qué?

no hay que vacilar. Así.
(*Escribe en el pliego unas palabras.*)

De este modo, si la muerte
me alcanzara aquí luchando,
moriré, Luisa, dejando
asegurada tu suerte.

Alguien viene; ella será
con ese infeliz Andrés;
ahora me oculto, y despues...

Dios sabe despues qué habrá.
(*Se oculta en la alcoba de la izquierda.*)

ESCENA XII.

ANDRÉS y LUISA.

ANDRÉS. Entra, Luisa.

LUISA. (*Se fué;*
respiro!) Calle!..., sí, sí;
la Marta ha venido aquí.

ANDRÉS. Que ha venido! Y para qué?

LUISA. Sin duda para dejar
estas llaves que tenía.

ANDRÉS. Pues entonces, Luisa mia,
ya no es posible dudar;

era Marta, ciertamente,
aquella mujer que vimos,

cuando del café salimos,
subir la calle de enfrente.

Y pues las llaves te deja
y está la casa cerrada,

puedes dormir descuidada
sin que te asombre esa vieja.

LUISA. Pues Andrés, á mi pesar
tranquilizarme no puedo;

no se por qué tengo miedo:
voy mala noche á pasar.

ANDRÉS. Quiéres que me quede yo, si
velando tu sueño aquí?

LUISA. Quisiera decirte sí;
y debo decirte, no.

ANDRÉS. No, Luisa?

LUISA. No, mi Andrés.
En la casa lo sabrían,

- y todos murmurarian,
contra nosotros despues.
- ANDRES. Qué nos importa á los dos
la murmuracion odiosa,
si pronto serás mi esposa
para el mundo, y ante Dios?
- LUISA. Lo seré, más no lo soy,
y la gente murmurará
con razon, la cosa es clara,
si aquí te quedases hoy.
- ANDRES. Pero quién en mi desdoro
podrá hablar, ni en tu deshonra,
si todos saben que la honra
la guardas como un tesoro?
- LUISA. Eso no, no puede ser.
Por la cosa más sencilla.
si habita en pobre bohardilla,
pierde la honra una mujer.
Y pues hoy á ningun hombre,
tanto como á tí, interesa,
el que no llegue á ser presa
de una calumnia mi nombre;
que te vayas, con empeño
te ruego, á tu habitacion;
es ya tarde, y es razon
buscar descanso en el sueño.
- ANDRES. En el sueño, no, alma mia,
que son mis horas mejores
las que pienso en tus amores
hasta que amanece el dia.
Cuando en mi pobre morada
sobre el lecho me reclino,
y el semblante peregrino
me finjo ver de mi amada,
que se acerca dulcemente,
y tan casta como hermosa,
deposita silenciosa
un tierno beso en mi frente;
tal placer llego á sentir
por mi amoroso desvelo,
que pido llorando al cielo
que no me deje dormir.
- LUISA. Como tú sueño tambien;
pero es tarde, estoy cansada...
- ANDRES. Sí, sí; vuelo á mi morada
por complacerte.
- LUISA. Haces bien.

ANDRES. Adios, pues, Luisa querida.

LUISA. Adios y descansa.

ANDRES. Sea.

Ah! se me ocurre una idea.
Deja esa luz encendida;
desde mi cuarto se vé
su brillo por la ventana;
de esta suerte, hasta mañana
velar tu sueño podré.

LUISA. Corriente.

ANDRES. Ya estoy andando.

LUISA. Adios, y no hagas locuras.

ANDRES. Como te quedes á oscuras
me tienes aquí volando. (*Vase Andrés.*)

ESCENA XIII.

LUISA, sola.

LUISA. Ahora á dormir, que en verdad,
casi tenerme no puedo.

Vamos... Jesús! Tengo miedo;
me espanta esa oscuridad.

(*Se refiere á la de la alcoba de la izquierda donde se dirige y
retrocede desde la puerta.*)

Lo mejor será quedarme
aquí, ya que Andrés vigila,
y así dormiré tranquila
y luego podré acostarme.

Aquí la luz. Eso es.

La butaca aquí; corriente;
y á dormir tranquilamente,
mientras que vela mi Andrés.

(*Ha colocado la lámpara sobre la cómoda, y la butaca delante
de este mueble, casi de espalda al público, para ver la ventana.
Se duerme.*)

ESCENA XIV.

D. PEDRO, saliendo recatadamente de la alcoba; LUISA, en la
butaca.

PEDRO. Se habrá dormido? Veamos. (*Se acerca.*)

Duerme, sí; bien, que descanse,
mientras yo velo por ella
con más interés que nadie.
A tiempo se fué ese jóven,
cuya pasión noble y grande,
á pesar de que me asusta,

ha logrado interesarme.
De esta suerte estaré solo
cuando la lucha se entable,
y solo será mi brazo
quien la defiende y la guarde.
Siento pisadas; no hay duda;
suena en la puerta la llave;
apago la luz, y en guardia,
y Dios me ayude y la salve.

(D. Pedro apaga la luz, después de sonar la llave en la cerradura de la puerta. Aparecen en el acto Marta y el Vizconde, y detrás recatándose más que ellos, Andrés. Escena completamente á oscuras.)

MARTA. Pase usted, señor Vizconde.

FERNANDO. Qué oscuridad!

MARTA. Vamos, pase,

que voy á cerrar la puerta
por precaucion; no, no avance
no vaya con algun mueble
á tropezar.

FERNANDO. Pero...

MARTA. Calle.

FERNANDO. (Jurára que luz habia
al tocar estos umbrales!)

MARTA. Ya está la puerta cerrada;
ahora, Vizconde, adelante.

FERNANDO. Me parece haber sentido
algun rumor.

MARTA. Disparate;

Luisa está sola, y duerme
sin temor; no se acobarde.

ANDRES. (Que va á pasar, cielo santo!)

PEDRO. (Siento que hierve mi sangre!)

MARTA. Ya di con el costurero;
mas, Vizconde, hablemos antes.

(Marta y Fernando llegan á ocupar el centro de la escena, junto al costurero; ella á la izquierda; él á la derecha. Don Pedro baja por la izquierda á colocarse junto á Marta, y Andrés por la derecha á colocarse junto al Vizconde.)

ANDRES. (Por este lado, no hay duda.)

FERNANDO. Diga usted.

ANDRES. (Ni se oye el aire.)

MARTA. Yo le doy á usted el pliego.

FERNANDO. Y yo la suma.

MARTA. Me place.

En seguida yo me marchó,
y entonces usted amante

entra, la despierta al punto,
le habla al alma, sin ambages,
la estrecha, la pinta un cielo,
y lo demás, ya se sabe.

ANDRES. (Qué estoy oyendo!)

PEDRO. (Me espanto
de vileza semejante!)

(Mientras esto, Marta saca el pliego del costurero y el Vizconde una cartera de su bolsillo. Los interlocutores se estrechan más.)

FERNANDO. Corrientel Venga ese pliego.

MARTA. Venga la cartera.

FERNANDO. Aguarde;
aquí está. (Presentándola.)

MARTA. Pues tome. (Alarga el pliego.)

FERNANDO. Tenga. (Alarga la cartera.)
(Marta y el Vizconde se buscan las manos en la oscuridad y cambian de objeto.)

MARTA. Ah! já, já! (al tomar la cartera.)

FERNANDO. Bien. (Al tomar el pliego.)

PEDRO. (Miserable,

dame esa cartera al punto,
ó te ahogó!) (Marta suelta la cartera.)

(D. Pedro dice esto con voz enérgica, pero reconcentrada, acompañando la acción á la palabra.)

MARTA. (Dios me ampare!) (Con espanto.)

PEDRO. (Silencio; ni una palabra.)

ANDRES. (Entrega ese pliego, infame,
ó te hundo mi cuchillo
en el corazón cobarde.)

(Andrés sujeta al Vizconde por un brazo y le pone ó finge poner en el pecho la punta de un cuchillo.)

FERNANDO. (Qué es esto!) (Entrega el pliego.)

ANDRES. (Calla!)

MARTA. (Estoy yerta!)

FERNANDO. (Mudo seré!)

ANDRES. (Ni una frase!)

FERNANDO. (Me ha vendido esa maldita!)

MARTA. (Me ha engañado ese tunante!)

(El grupo se disuelve. Andrés busca la dirección de la ventana
D. Pedro la de Luisa y el Vizconde y Marta la puerta de salida. Luisa despierta sobresaltada, y se dirige hacia el costurero.)

LUISA. (Jesús, que sueño! Dios mío!
Qué oscuridad! Oh! Salvadme,
señor!)

(Dice esto al tropezar D. Pedro con la butaca.)

PEDRO. Luisa! ^(Bajo.)
 ANDRES. (Salgamos; *(Ya arriba.)*
 importa que aquí no me hallen.)
(Andrés se marcha por la ventana del foro.)
 FERNANDO. (Si yo la puerta encontrara!)
 MARTA. (Si yo pudiera escaparme!)
 PEDRO. (No está aquí! Ah! se habrá ido
 á su alcoba á refugiarse.)
 (D. Pedro se dirige á la alcoba.)
 FERNANDO. (La puerta!) (Al tocar en ella.)
 MARTA. (Vizconde!) (Deteniéndolo.)
 FERNANDO. (Marta!)
 MARTA. (No quiero que usted se escape.)
 FERNANDO. (Silencio, Marta, y salgamos.)
 (En este punto D. Pedro y Luisa se tropiezan.)
 PEDRO. (Luisa!)
 LUISA. Por Dios! (Alto.)
 PEDRO. Oh! cállate! (Bajo.)
 MARTA. (Es ella!) (Al Vizconde.)
 LUISA. No, no; socorro! (Gritando.)
 Andrés, Andrés! Ven y sálvame.
 MARTA. (Huyamos.) (Al Vizconde.)
 ANDRES. (Desde fuera.) Luisa! Luisa!
 MARTA. (Es Andrés!)
 (Retrocediendo con el Vizconde, en direccion al foro.)
 PEDRO. (Voy á ocultarme.) (Entra en la alcoba.)
 LUISA. Andrés! Andrés!
 (Luisa grita ya con fuerza, oyendo distintamente los pasos de
 todos que dejan las precauciones.)
 ANDRES. Esta puerta!... (Desde fuera.)
 LUISA. Oh! sí sí; entra al instante
 (Corre y abre la puerta.)

ESCENA XV.

Los mismos y ANDRES que entra con un candelero, ó linterna encendida. D. PEDRO oculto. Luz.

ANDRES. Qué pasa aquí?
 LUISA. No se; mira.
 (Mostrándole con espanto á Marta y al Vizconde.)
 ANDRES. Marta!
 LUISA. Jesus! ¡(Reconociéndola.)
 ANDRES. Miserables!
 A qué han venido á esta casa?
 Quién es usted? (Al Vizconde.)
 FERNANDO. No me ultraje;
 soy el Vizconde del Hierro.

ANDRES. No, un bandido despreciable,
que vino á robar la honra,
la vida ó el nombre á un ángel.

FERNANDO. Eso es falso. (*Avanza.*)

MARTA. Esa es calumnia. (*Avanza.*)

(*Colócanse Marta y el Vizconde á la derecha; en el centro Andrés, y Luisa á la izquierda, dando la espalda á la alcoba.*)

ESCENA ÚLTIMA.

Los mismos y D. PEDRO, saliendo repentinamente de la alcoba.

PEDRO. Esa es la verdad, infames!

FERNANDO. El marqués de Bosque-Ameno!

MARTA. Don Pedro Vargas! (*Reconociéndolo.*)

LUISA. Mi padre!

(*Volviéndose hacia él.*)

ANDRES. Su padre!

PEDRO. Su padre soy;

yo lo sé, y ella lo sabe.

Su padre, que llega á tiempo,

por un arcano insondable,

de salvar la honra y el nombre

que justipreciaron antes

esos dos seres inmundos;

él, baldon de mi linaje,

y ella, del infierno aborto

y perdicion de tu madre.

Hé aquí de la venta el precio;

yo te la arrojo al semblante.

(*Arroja la cartera sobre el Vizconde.*)

FERNANDO. Marqués!

MARTA. Perdon, señor!

PEDRO. Huye;

tu vista me ofende, apártate.

A usted, jóven, Dios lo premie;

tú, Luisa, ven; prepárate,

y huyamos de aquí en seguida,

que esta atmósfera está ahogándome.

LUISA. Pero y Andrés?

PEDRO. Andrés puede

como amigo visitarte;

nuestra estimacion merece,

ya la tiene, esto te baste;

la heredera de mi nombre

no puede con él casarse.

ANDRES. (*La perdí!*)

LUISA. Qué dice? (*Gran asombro.*)

- PEDRO. Toma;
fija tu vista un instante
en esta partida; aquí.
(Señalando la línea en blanco.)
- LUISA. Hija natural... (Fijándose en el pliego.)
- MARTA. Cabales.
- PEDRO. Del marqués de Bosque-Ameno.
- LUISA. Jesús! Andrés!
- MARTA. ¡Vaya un lance. (Al Vizconde.)
- FERNANDO. Eso será ventilado
después en los tribunales. (A Marta.)
- PEDRO. Y como Dios no ha querido
ninguna otra prole darme,
por este legal escrito
tú me heredas.
- LUISA. Es en balde
que me ofrezca usted su nombre,
si á mi Andrés ha de quitarme;
no quiero nombre soberbio
que el alma me despedace;
no quiero yo sus riquezas
si mi amor han de costarme.
- PEDRO. Es imposible, hija mía,
que yo consienta ese enlace!
- LUISA. Imposible!
- PEDRO. Sí, imposible.
- LUISA. Pues bien, yo soy Luisa Marqués.
(Rompe la partida.)
- ANDRES. Qué has hecho?
- PEDRO. Luisa!
- FERNANDO. Soberbio!
- MARTA. Ha sido una acción brillante!
- LUISA. Vuelvo á ser la pobre huérfana.
la costurera sin padres,
que da su mano y su alma
al hombre que más le place.
- PEDRO. Yo sacaré otra partida.
- FERNANDO. Que nunca será bastante,
si en ella falta la firma
de la difunta su madre.
- ANDRES. Un momento. Es suficiente,
para que usted en ella mande,
un escrito ante testigos
y escribano, en que declare
la difunta que á usted debe
Luisa la vida?
- PEDRO. Sí, acabe.

- ANDRES. Pues aquí tiene ese escrito,
que, con codicia insaciable,
vendió esa mujer á ese hombre,
de limpia, de pura sangre,
por la suma que contiene
esa cartera infamante. (*Le da el pliego.*)
- LUISA. Andrés del alma, qué has hecho?
- ANDRES. Mi deber.
- PEDRO. Sí. Dios es grande!
Y usted mismo me lo entrega!
Es una accion admirable,
que merece un premio digno.
- ANDRES. Con ninguno ha de pagarme,
pues me falta un nombre de esos
que igualándonos en clase...
- PEDRO. No siga usted, que me ofende;
no importa, no, que le falte
un nombre, virtud le sobra,
que es título que más vale.
Yo le concedo su mano.
- ANDRES. Señor!
- LUISA. Oh! dicha!
- PEDRO. Al punto tu enlace,
y quiera Dios bendecirlo
cual yo lo bendigo; abrázame.
- LUISA. Ahora si que soy tu hija,
ahora si que tengo padre.

FIN.

PROVINCIA DE

PROVINCIA

En el mes de Mayo de 1880, en la ciudad de

PROVINCIA

En el mes de Mayo de 1880, en la ciudad de

PROVINCIA

En el mes de Mayo de 1880, en la ciudad de

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librería de la Sra. Viuda e hijos de D. José Cuesta, Calle de las Carretas, núm. 9.

PRECIOS.

En cuarto mayor, 4 y 5 reales.—*En octavo*, 4, 6 y 8 reales.—EN ULTRAMAR, los establecidos por los comisionados.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos á esta Casa, ó librería de Cuesta, acompañando su importe en Libranzas del Tesoro, ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos. Se pedirán tambien en BARCELONA, á D. Isidro Cerdá, Calle de la Princesa, núm. 12, principal.